

**XX CERTAMEN LITERARIO INTERCEPA DE LA
COMUNIDAD DE MADRID**

CURSO 2025-26

4º PREMIO (60 €)

CEPA San Fernando

Título: *Más que palabras*

Alumno/a: Carlos Augusto Fígala
Chavarri

Curso: Nivel 2 ESO

Más que palabras

Mientras el autobús llegaba a su destino, observaba por la ventanilla cómo el paisaje se volvía familiar, como si nunca me hubiera ido del todo. Las calles, los árboles, el olor del aire al atardecer: todo parecía igual y, casi al mismo tiempo, irreversiblemente distinto. Veinte años han pasado como un suspiro, casi ni se siente real que haya pasado tanto tiempo desde que puse un pie en esta ciudad.

Durante el camino, la memoria me insistía. Entre estaciones y semáforos, vi aquel parque donde pasaba la mayoría de mis tardes y, sin aviso en mi mente recordé, su imagen riendo sin razón, hacía 20 años que no nos veíamos, pero el recuerdo no había envejecido. Al contrario, parece que el tiempo lo hizo más nítido.

Recordé después de mucho, aquella tarde en la playa, riendo y viviendo la vida, prometiendo que la vida no nos separaría. Pero claro, a los ojos de un niño de 12 años, la vida es más sencilla, incluso a veces aburrida. Nunca imaginé cómo la vida nos separaría de una manera tan abrupta.

Al llegar a la ciudad, mi familia me esperaba con un recibimiento cálido. Abrazos largos y palabras que humedecen los ojos, también estaban mis amigos de siempre que organizaban salidas, cenas, brindis improvisados, anécdotas repetidas como si fuera una tradición. Se hablaba del pasado con ligereza, se seguía repitiendo la frase “20 años no son nada...” o “¿Qué son 20 años? ...”, dicho como si todo hubiera quedado atrás sin consecuencias.

Participaba en las charlas, sonreía, pero algo estaba empezando a desajustarse por dentro. Me gusta llamarlo “El síntoma”, es algo que todos tenemos en algún momento de nuestras vidas, llega de la nada, la tristeza, la melancolía, los pensamientos, te envuelven como una manta y se te pegan como si se tratara de sudor y, al igual que una enfermedad, tarda un tiempo en disiparse. Ese “Síntoma” no se iba; pareciera sentarse a mi par y en cada conversación que tenía se sentía una ausencia que nadie más nombraba.

Pasaron los días. Caminé por calles conocidas, volví a lugares de mi infancia, y en cada esquina esperaba, sin admitirlo, un encuentro improbable. Cada lugar que recorría estaba infestado de momentos felices que ahora son recuerdos de una época lejana. Recuerdos junto a esa persona que en su momento lo significó todo para mí y que ahora recuerdo con severa melancolía.

Finalmente, un día decidí buscarle. No avisé a nadie. Solo quería una visita sencilla, un reencuentro tardío que, tal vez y por fin, cerraría una etapa que dejé abierto, después de todo, y como todos mis amigos dicen, 20 años no son nada...

Mientras me dirigía al lugar del dichoso reencuentro, no me podía dejar de invadir esa inquietud, no sabría decir si era emoción o temor, son de esas emociones que te revuelven el estómago.

En el camino compré sus flores favoritas, detalles pequeños que pueden parecer insignificantes, pero pueden significar todo para una persona. Al llegar al lugar me detuve frente al gran Portón de metal, cuestionándome si debía o, mejor dicho, si merecía este reencuentro.

Aun con los pensamientos de duda, ingresé al lugar, pasando por un extenso campo, me acercaba más, sin darme cuenta, me detuve... Allí estaba.

Me quedé de pie, estático como una estatua, no hubo llanto de inmediato. Solo una quietud profunda. No se escuchaba ni una palabra, como si el mundo se hubiera detenido solo para presenciar este preciso momento.

Y, de pronto, caí en la cuenta, que la melancolía o tristeza que sentí durante todo mi viaje no era nostalgia, sino despedida. Y, sin más, solo me quedó decirle las palabras que en su momento quedaron atrapadas en mi boca...

Hablé en voz baja. Le conté lo difícil que había sido aceptar su ausencia, cómo una parte de mi alma aún se negaba a entenderlo. Me disculpé por no haber dado importancia a lo que sentía y le agradecí por haber marcado mi vida, por haber impulsado mi alma simplemente existiendo...

Mientras el aire de mi ciudad natal me llenaba, sentí como poco a poco desaparecía, esa carga, ese "Síntoma" que había estado en mi ser durante tanto tiempo.

Me agaché para dejar el ramo de flores, donde yacía su nombre, grabado con precisión en una elegante, pero algo desgastada lapida de cerámica. La única razón real de mi regreso me había estado esperando bajo una lápida durante 20 largos años.